



CUADERNOS DE HISTORIA

REVISTA *de* HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

NÚMERO 1, ENERO-JUNIO (2026), PÁGINAS 179-181

“Los secretos del Duce en Suiza. Un libro sobre el Duce. Cuando Mussolini, en busca de pan, peregrinaba por Suiza”. *El Nuevo Diario* (Caracas), 19 de octubre de 1926, p. 10.

Angela Liscano Garofalo, ed.

angelaliscanog@gmail.com

 0009-0000-7467-4890

Cómo citar este trabajo / How to cite this paper:

Liscano Garofalo, Angela, ed. “Los Secretos del Duce en Suiza. Un libro sobre el Duce. Cuando Mussolini, en busca de pan, peregrinaba por Suiza”. *El Nuevo Diario* (Caracas), 19 de octubre de 1926, p. 10. Transcrito en *Cuadernos de Historia. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, No. 1 (2026): 179-181. <https://saber.ucv.ve/ojs/index.php/cdh>

COPYRIGHT © 2026 CUADERNOS DE HISTORIA

Revista semestral con ARBITRAJE POR PARES. Envío de artículos, reseñas y traducciones a: cuadernosdehistoriaucv@gmail.com. Sujeto a evaluación del Comité Editorial.

ISSN: 3136-6546

Depósito Legal: DC2026000047

Consulte los números publicados en:

<http://saber.ucv.ve/ojs/index.php/cdh>

Esta revista se publica en formato digital con el auspicio del Consejo de Desarrollo Científico y Humanística de la Universidad Central de Venezuela (CDCH-UCV).

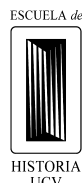
CONSEJO EDITORIAL: Carlos Dimeo Álvarez / Marco Antonio Zavala / Stefan Rinke / José Andrés Gallego / Tomás Straka / Miguel Tinker Salas / Nadia Giral Sancho / Rocío Castellanos / Pedro Pérez Herrero / Leonardo Bracamonte / Miguel Ángel Contreras / Jesús Eloy Gutiérrez.

EQUIPO EDITORIAL: Leonardo Bracamonte / Roberto Barráez D'Lucca / Eliana Reinoso / Keisy Dos Santos / Juan Pedro Antonuccio / Jesús Eloy Gutiérrez / Annabel Petit / Yohennys Rodríguez.

ASESORES NACIONALES: Lionel Muñoz

ASESORES INTERNACIONALES: Samantha Barrios / Yepsaly Hernández

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN: José Salvador Méndez



DOCUMENTO

LOS SECRETOS DEL DUCE EN SUIZA

Un libro sobre el Duce.

Cuando Mussolini, en busca de pan, peregrinaba por Suiza...

ANGELA LISCANO GAROFALO, ed.

ORCID: 0009-0000-7467-4890
angelaliscanog@gmail.com

Un libro acaba de publicarse que lleva por título el de "Dux" y es su autora Margarita Sarfatti. En sus páginas hallamos la descripción de la curiosa peregrinación que por tierras de Suiza hizo en 1902, a los 19 años de edad, Benito Mussolini.

He aquí la traducción de una carta que, fechada en Laussane el 3 de octubre de 1902, Mussolini dirigió a uno de sus amigos, y que aparece en el libro en cuestión.

Hacia el exilio

« Querido amigo: Esto que voy a escribirte, son memorias de una juventud desesperada que ha visto desaparecer todo, hasta el ideal. No diréis a nadie el contenido de las páginas que siguen. Una mujer, solamente, conoce mis dolores, que conocerás también tú una vez que hayas leído estas líneas. He de maldecirte si haces de ellas un tema de conversación. Mi pretensión en el sentido de que guardes el secreto no ha

de parecerse sorprendente. Y ahora, comienzo.

Partí de Gualtieri, diciendo adiós solamente a mi mujer, en la mañana del 9 de julio. Era un miércoles. De Parma a Milán y de Milán a Chiasso. El calor era insoportable y casi desfallecí de sed. Chiasso, la primera ciudad republicana, me dio su hospitalidad hasta las 10, 15 de la noche. Tuve leyendo «*Il Secolo*», la sorpresa de conocer el arresto de mi padre, implicado en los desórdenes electorales. Este arresto me perturbó. De haberlo sabido, en Gualtieri, no hubiera partido para la Suiza sino para la Romagna.

Con un compañero de viaje, un tal Thangerone, de Pentremoli, cambio una moneda italiana y subo al tren, que debe detenerse en la mañana siguiente en Lucerna. Doce horas de tren. El vagón está lleno de italianos. ¿Querrás creerlo? Permanecí durante todo el tiempo del trayecto asomado a la ventanilla. La noche era espléndida. Levantábase la

luna tras las altas montañas blancas de nieve en medio de las estrellas de plata. El lago Lugano tenía reflejos mágicos como una superficie metálica en que se juntaron las luces misteriosas de un cuento de hadas. El San Gotardo se presenta a mis ojos como un gigante pensativo, vigilando la serpiente de acero que en una fuga vertiginosa me conducía hacia el centro de un pueblo nuevo. Todos dormían en el vagón, y sólo yo pensaba. ¿En qué podía pensar esa noche, que dividía dos períodos de mi vida? No recuerdo. Fué solamente a la mañana —y ello debió ser por agotamiento físico— cuando pasamos por Suiza alemana y que una lluvia fría como el adiós de un desgraciado nos acogió cuando recordé con hartor dolor en el pecho, las tierras verdes de Italia besadas por un sol de fuego. ¿Fué ese mi primer acceso de nostalgia? Posiblemente...

Peón albañil

En Lucerna cambié de tren y tomé boleto para Iverdon, alentado por mi compañero de viaje, que me prometió un empleo en casa de un pariente, negociante en tejidos. Llegué a Iverdon el jueves 10, a las 11. Treinta y seis horas de tren. Cansado, fui a una miserable posada donde por primera vez tuve ocasión de hablar francés. Comí. Fuimos a casa del comerciante italiano. Todo lo que hizo fue contarme mentiras. Sin embargo, me invitó a almorzar con él. Acepté. Otras charlas sin resultado concreto. Finalmente, me dio un escudo. Como no quise que me hiciera caridad, le dejé como prenda un hermoso puñal, estilo árabe, que había adquirido en Parma.

El viernes permanecí durante una hora frente a la estatua de Pestalozzi y veintitrés horas en la cama. El sábado,

con un pintor sin trabajo, fui a Orbe, aldea vecina, para trabajar como peón. Encontré trabajo y el lunes por la mañana, día 14, comencé. Una jornada de once horas a 32 céntimos la hora. Hice 121 viajes con una carga de piedras hasta el segundo piso de un edificio en construcción. Por la noche, los músculos de mis brazos estaban hinchados. Comí papas cocidas en la ceniza y vestido me arrojé al lecho formado por una bolsa de paja. Me levanté el martes a las cinco y de nuevo fui al trabajo. Temblaba, con la terrible rabia de los impotentes. El patrón me dijo que yo estaba muy bien vestido, frase que quería ser significativa. Hubiera querido rebelarme, romperle el cráneo a este sujeto que me acusaba de falta de valor precisamente cuando mis huesos crujían por el trabajo.

Sin un centavo

Y, ¿después? La razón está del lado de quien paga. Llegó la tarde del sábado. Manifesté al patrón que iba a partir y que me pagase el trabajo realizado. Entró en su escritorio y quedé en la puerta. Salió al rato. Con rabia mal disimulada puso en mis manos 20 liras y algunos centavos, diciendo: "Esto es lo que le corresponde... dinero robado". Quedé como de piedra. No sabía qué hacer. ¿Matarlo? Pero no le hice nada. Tenía hambre y estaba sin zapatos. Casi descalzo fuí a casa de un italiano y compré un par de zapatos de montaña. Hice mi paquete y a la mañana siguiente, 20 de julio, tomé el tren para Laussanne ciudad que no es bonita pero que es simpática. Desde la cima de la montaña se extiende hasta el borde del lago Lemán, con su encantador barrio de Ouchy. Está llena de italianos, no muy bien vistos, y allí se encuentra el local de la comisión ejecutiva del partido

socialista. Allí también aparece "L' Avvenire del Lavoratore" que redactó con el abogado Barboni.

Pero procedamos con orden. En Laussanne, bien que mal, viví la primera semana con el dinero ganado en Orbe. Después, me quedé sin un centavo. Un lunes, la única cosa que conservaba en el bolsillo era una medalla niquelada de Carlos Marx. Todo lo que había comido era un pedazo de pan, y no sabía dónde dormir esa noche. Desesperado marché a la ventura, pero los calambres del estómago me impidieron marchar. Me senté a descansar al pie de la estatua de Guillermo Tell, que se levanta en el parque Montbenon. Mi mirada en esos momentos debía ser terrible porque los paseantes me miraban recelosos y desconfiados. Si De Dominicis hubiera venido a predicarme su moral, con mucho gusto lo hubiera muerto...

A las 5 dejé a Montbenon y me dirigí a Ouchy. Paseé durante un tiempo sobre la ribera del lago, y al llegar el crepúsculo me distrajeran el hermoso espectáculo de la luz, muriendo sobre las aguas y el sonido de las viejas campanas de las iglesias. Una melancolía infinita se apoderó de mí, y al borde del lago me pregunté si vale la pena vivir.

Sin comer

Cuarenta profesores de orquesta ejecutan ante el grandioso hotel Beau Rivage. Me apoyo en la verja del jardín, escrito a través del verde follaje de los árboles, tiendo la oreja y escucho. La música me consuela el cerebro, y el vientre, pero los intervalos son terribles y los calambres de hambre me atenacean las entrañas. Durante este tiempo, en las alamedas del parque pasa la multitud de los que gozan. Se oye el "frou frou" de

las sedas y los murmullos de idiomas que no comprendo. Una vieja pareja pasa cerca de mí. Hubiera querido pedirles dinero para pasar esta noche, pero la palabra muere en mis labios. La mujer, vieja y ajada, resplandece de oro y piedras preciosas. Yo no tengo un solo centavo, ni lecho, ni pan. Me fui blasfemando....

De 10 a 11 me acosté dentro de una vieja barraca. Soplaban el aire de Saboya y hacía frío. Entré a la ciudad y pasé el resto de la noche bajo el gran puente que une las dos colinas. A la mañana, por curiosidad, me miro en el espejo de una tienda. Estaba desconocido. Encuentro un romano y le cuento brevemente mi situación. Se me ríe en la cara y yo lo insulto. Mete la mano en el bolsillo y me da diez "suos". Me precipito en una panadería y compro pan. Me dirijo a un bosque. Me parece tener un tesoro. Con la ferocidad de un Cancerbero destrozó el pan a dentelladas. Hacía 26 horas que no había comido...»

Publicado en *El Nuevo Diario*,
Caracas, 19 de octubre de 1926, p. 10

**[Transcripción de
Ángela Liscano Garofalo]**